

La evolución ética (*Die sittliche Evolution*) en Wilhelm Dilthey

INTRODUCCIÓN

l autor sostiene que la conexión de las vivencias y la configuración de la conexión psíquica¹ se desenvuelven en un proceso que va hacia delante y tiende hacia el perfeccionamiento del conocimiento, del sentir y del querer. En este movimiento el desarrollo de la sociedad juega un papel determinante, pues para nuestro autor la evolución ética se desarrolla exclusivamente mediante el progreso de la sociedad.

No obstante, aunque la realización de la bondad es, en gran medida, una decisión y no un sentimiento, lo destacable de este planteamiento es que logra ver la importancia de la vida afectiva en la acción moral, pues ésta depende de los procesos éticos.² Dicha conclusión nos invita a cuestionar la manera en que nuestra sociedad pretende formar la conciencia moral, pues al poner el acento en la transmisión del saber ético, descuida las aportaciones que otros sistemas culturales³ pueden brindar, como es el caso del arte, la religión o el derecho.

1 Nuestro autor piensa que en la adquisición constante de nuevas vivencias sobre la base de las adquiridas se constituye lo que él llama conexión psíquica.

2 Cuando Dilthey habla de procesos éticos se refiere a la benevolencia, la compasión, la simpatía, el amor, el patriotismo, etc., los cuales tienen como antecedente a la solidaridad.

3 Los sistemas culturales son conexiones de fin que radican en la naturaleza humana.

La formación moral es un proceso llevado a cabo mediante la participación de diversos factores, principalmente el *ethos*,⁴ porque vivir es interactuar con la sociedad y el mundo, es decir, recibir las influencias de nuestro entorno y configurarlo. Este todo constituido donde se desarrolla la vida no es ajeno a la existencia (de tal manera se puede separar al ente hombre del mundo), sino es su correlato inmediato y, como tal, puede orientar las aptitudes éticas (*sittlichen Anlagen*)⁵ hacia el bien común o circunscribirlas en el egoísmo. Por eso es menester procurar el enriquecimiento del *ethos*, pero debemos tener en cuenta que la última palabra en la acción moral no está en el *ethos*, sino en el individuo.

LA EVOLUCIÓN ÉTICA

Dilthey fundamenta los conceptos “evolución” y “desarrollo” en un argumento que llamo ontológico-antropológico. Para él, la vida es conexión de vivencias, configuración, teleología, desarrollo. Dice: “Este curso de la vida constituye un desarrollo, pues la cooperación de los movimientos anímicos es de tal índole que va realizando la tendencia hacia una conexión psíquica crecientemente más determinada, acomodándola a las condiciones de la vida, originando así una “configuración” de esta conexión.” (Dilthey, 1978:16-17). Lo vivido constituye un nexo anímico que se va configurando hasta alcanzar un equilibrio. En este planteamiento el pasado no se pierde sino al contrario, está siempre presente, conformando constantemente una conexión psíquica. En este curso se van perfeccionando el saber, los sentimientos y el querer.

El desarrollo del querer tiende hacia el bien común. Los impulsos (*Trieben*)⁶ y las aptitudes éticas del individuo son las fuerzas más poderosas del mundo moral. El hambre, el amor, la necesidad del movimiento y la guerra; así como las intervenciones de la voluntad, las aptitudes éticas, son fuerzas que tienden hacia el bienestar general. “Su tendencia hacia la bonanza general surge de las relaciones individuales de procesos volitivos y estados de ánimo.” (Dilthey, 1973: 117) “De esto modo, la bonanza puede ser considerada como la meta de las voliciones en la sociedad.” (Dilthey, 1973: 118) “El análisis de los procesos volitivos unidos en la humanidad posibilita el hallazgo de un principio general, que sufre la conformación de las intenciones volitivas de contenido, que están incluidas en estas formas, según los procesos y sus leyes. Este principio es el de bienestar social.” (Dilthey, 1973: 169-170)

Aunque Dilthey no lo diga expresamente —quizás no lo consideró— esta tendencia de los procesos de la voluntad hacia el bienestar común, sirve de fundamento a la moral y a la ética. Este fundamento ontológico-antropológico, como lo llamé líneas atrás, deja ver que la voluntad no tiende solamente hacia el bien individual —lo cual conduce hacia el

4 Para nuestro autor el *ethos* es la cooperación del estado actual de la sociedad y los resortes éticos.

5 Dilthey piensa que las aptitudes éticas son intervenciones de la voluntad y se manifiestan en la expresión natural de los sentimientos, el ejercicio reiterado de un proceso volitivo, la regla y la adaptación de la vida interior al mundo externo.

6 Siguiendo a Eugenio Ímaz (página 150 de Psicología y Teoría del Conocimiento), traduzco el término *Trieb* como impulso y no como instinto, como lo hace Herbert Wolfgang Jung en su traducción del Sistema de la ética, pues Ímaz indica que el término *Trieb* está más cercano a la acepción tendencia por lo cual no es permitido traducirlo por instinto.

relativismo— sino también lo hace hacia el bienestar común, implicando al bien del otro y de lo otro, de las personas y de las cosas. Este principio es una condición de posibilidad de la evolución ética, pues enuncia la tendencia general de la voluntad y da obligatoriedad a las normas morales y a los principios éticos.

En diversas partes de su obra Dilthey nos habla sobre el desarrollo del proceso religioso-moral. En *Hombre y mundo en los siglos XV y XVI*, cuando habla de Lutero, dice: “No sólo en la ciencia que progresa se da una continuidad, sino también en el desarrollo religioso-moral. El género humano, lo mismo que el individuo, va desenvolviendo su vida hacia adelante, en conexión con sus experiencias vitales.” (Dilthey, 1947: 64). Como lo señale líneas atrás, la continuidad tiene como base una conexión de vida. Las experiencias vitales están conectadas de tal manera que la vida se va configurando a partir de ellas. El curso de la vida —como muchas veces lo llama el autor— tiene como presupuesto el pasado, en la conexión de éste con el presente hay un nexo que los vincula y les da continuidad. Tanto la historia individual como la colectiva no se pierden, pues están vinculadas con el presente y el futuro y tienen como base la conexión de la vida psíquica.

Este desenvolvimiento tiene una particularidad en la esfera de la moral, pues los cambios morales van de la mano con cambios en la religiosidad de una época. También en la vida moral acontecen cuando hay modificaciones en la vida religiosa de un pueblo. Dilthey dice:

Y, ciertamente, los grandes cambios en la vida moral van siempre del brazo con los cambios religiosos. La historia en ninguna parte nos habla a favor del ideal de la moral arreglada. Hasta donde alcanza nuestro conocimiento, las nuevas fuerzas activas de la voluntad surgen siempre en relación con ideas acerca de lo invisible. Pero también lo nuevo fecundo nace siempre dentro de una conexión histórica, sobre la base de la religiosidad de una época que desaparece, como nace un nuevo estado de vida de otro anterior. (Dilthey, 1947: 64)

Este fue el caso del movimiento religioso-moral iniciado por Lutero, quien —para Dilthey— partiendo de la restauración del Evangelio daría un paso decisivo en el camino del desarrollo religioso-moral más allá del cristianismo primitivo. A partir de esta restauración vio que el íntimo proceso religioso de la fe encuentra su expresión y su campo de acción en la conformación de todo el orden exterior de la sociedad. En oposición al pensamiento dogmático y a la exterioridad regimental de la Iglesia, la fe debía fluir constantemente en la acción: del contenido de la fe fluirían las obras.

Dilthey ve en el nuevo ideal de vida religioso-moral, nacido a partir de la Reforma, dificultades no superadas por Lutero y Zwinglio. Aunque ellos vieron la necesidad de realizar el proceso de la fe en la sociedad, la configuración de ésta no puede basarse exclusivamente en la relación trascendental del hombre ante Dios. Los conceptos de fraternidad de los hombres, igualdad ante Dios y dignidad por semejanza divina no eran suficientes para constituir la vida en sociedad. Dilthey dice:

El material exclusivamente religioso de los Evangelios no contiene los necesarios principios teológicos para la configuración de la sociedad humana. Porque el cristianismo que viviera con arreglo a sus principios no sólo no debería cobrar intereses sino que habría de entregar su propiedad a los pobres, y no prestar juramento, desenvainar la espada o ir a la guerra (Dilthey, 1947: 69).

Para nuestro autor, la conformación de la vida en sociedad no puede basarse exclusivamente en la relación destacada por los Evangelios, sino debe incluir relaciones más amplias como las dadas por las instituciones sociales. Por eso la filosofía práctica de Dilthey destaca el papel que juega el trabajo, el desarrollo individual, la propiedad, la asociación y la familia. Refiriéndose a Zwinglio dice:



Vio la verdad cuando dijo que las instituciones sociales de una comunidad estatal cristiana tienen como objeto la convivencia de cristianos en formación. Por lo tanto, habrá de haber en los principios directivos de un Estado cristiano reglas que procedan de esta relación más abarcadora. Esto lleva a los principios de una moral social en la cual las ideas cristianas sólo constituyen una parte. (Dilthey, 1947: 69)

La moral social es ejemplo del modo en el cual el curso del proceso religioso va de la mano con el desarrollo del proceso moral, tal como se aprecia en el caso de Lutero y Zwinglio. Ésta deriva del movimiento de Reforma, destacado por la necesidad de vincular el proceso de la fe con la organización de la sociedad. Sin embargo, como lo señalé inicialmente, la continuidad en el desarrollo religioso-moral es posible en virtud de la conexión de las experiencias vitales con el desenvolvimiento de la vida hacia adelante.

Otra idea sobre la evolución ética la encontramos en *De Leibniz a Goethe*. Además de la continuidad entre las experiencias vitales, entre lo que fuimos, somos y seremos, hay leyes que rigen en el proceso seguido por la vida y por la humanidad. Dilthey dice, refiriéndose a la mirada filosófica de Federico el Grande:

Con la mirada del filósofo que sabe abarcar las cosas humanas en su gran conexión, capta el proceso seguido por la humanidad desde la barbarie hasta la cultura, las leyes por las que se rige este proceso, el traspaso de la cultura de unos pueblos a otros y al mismo tiempo reconoce la peculiaridad originaria e indestructible que palpita en cada nación. (Dilthey, 1960: 101)

Estas leyes se basan en las relaciones constantes de los sentimientos y de los procesos volitivos y están expuestas en los *Fundamentos de un sistema de pedagogía*. La primera ley indica que los sentimientos surgen como afecciones del yo; como el yo es unidad los sentimientos están fundidos en esa unidad. La segunda ley indica que cuando los sentimientos se convierten en impulsos, ese impulso sólo puede ser realizado por otro impulso. En este proceso se relacionan los sentimientos con la voluntad (impulso que inhibe o anima la ejecución de los sentimientos). La tercera ley consiste en la formación del plan de orientación vital, el cual presupone la unión en la sucesión de los sentimientos, emociones e impulsos, además, alcanza el equilibrio en la imagen de satisfacción general. La cuarta ley rige las relaciones

de los sentimientos y los procesos, indica que los impulsos son regulados en sociedad por diferentes fuerzas como los sentimientos de dominio, obediencia, comunidad, la moral, la ética y la religión.

Puede verse cómo el desarrollo del proceso religioso-moral no acontece de una manera contingente y azarosa, desvinculado de nexos históricos, sino al contrario, se desenvuelve en virtud de la continuidad histórica y de legalidades. El desarrollo moral de nuestra sociedad depende —en gran medida— de nuestro pasado, de la situación actual de los procesos religiosos y de las leyes que lo rigen.

En *Fundamentos de un sistema de pedagogía*, el autor menciona otra de las conexiones participantes en la evolución ética. Ahí nos habla del papel jugado por el ideal, tanto en la marcha de la civilización, como en la moralización. Al respecto dice: “La marcha de toda civilización, como de toda moralización, está condicionada por una conciencia de la tendencia teleológica de esta organización, y consiguientemente por la aparición de un ideal de vida.” (Dilthey, 1960: 99). Para Dilthey el ideal de vida es la conciencia de la tendencia teleológica que guía tanto la marcha de la sociedad como el proceso moral. En *De Leibniz a Goethe*, nos dice que el ideal de vida es una concepción en la cual nuestro yo se imagina una totalidad valiosa y satisfactoria. Así, por ejemplo, el movimiento poético y filosófico alemán surgido entre 1770 y 1800 que interrogaba al destino del hombre por el contenido de una vida valiosa, buscó en la educación auténtica el contenido de ese ideal.

La diversidad de ideales de vida lleva a preguntarse sobre su validez. Si todos tienen el mismo valor entonces no es posible hablar de evolución ética. Sin embargo, para el autor

los sentimientos y el querer están orientados de manera teleológica, tienden a su perfeccionamiento. Desde esta orientación, los ideales de vida también están sujetos al perfeccionamiento y en virtud de esta tendencia es posible concebir el desarrollo moral. Igual a la filosofía práctica de la antigüedad, para el autor existe un sumo bien por encima de los bienes particulares.

Al parecer este ideal de vida y perfeccionamiento de los sentimientos y del querer consiste en la unidad de carácter. En *Fundamentos de un sistema de pedagogía* Dilthey dice: “El contenido de esta moralidad humana consiste en los enlaces de las emociones elementales, puesto que producen una unidad del carácter, por medio de las leyes del sentir y del querer, en las emociones dispersas.” (Dilthey, 1960:



Fernando Óscar Martín.

Fernando Óscar Martín.



100). La idea de unidad no es exclusiva de los sentimientos y de la voluntad sino también de la inteligencia. Para el autor la inteligencia es “originariamente algo múltiple, como en ella lo mucho es lo primero y sólo la especulación supone la unidad en el comienzo, así también en la vida sentimental y volitiva es lo primero una multiplicidad de modos de reacción en forma de sentimiento, emoción e impulso” (Dilthey, 1960: 92).

Con lo hasta aquí expuesto, se observa que el proceso religioso-moral es posible en virtud de la continuidad histórica, las legalidades que rigen su configuración y el ideal de vida, sin embargo, este curso también está condicionado por el genio religioso-moral. En él nace la conciencia unitaria del fin de la existencia sobre la base de

la organización teleológica. Se manifiesta en los mitos, en la poesía y en el derecho. Cuando Dilthey habla de las características fundamentales del poeta épico señala que debe ensanchar la vida y vivificarla con impresiones. La fuerza de su ánimo debe apoderarse de los hombres y de los sucesos; a esto deben sumarse algunos rasgos particulares de su organización, que nos indicarán la manera en que los hombres y los sucesos se apoderan de su alma. Lo mismo dirá del genio religioso-moral, pues “frente al amplio mundo moral no cabe la posibilidad de un estado de ánimo sencillo.” (Dilthey, 1997: 275). Igual al poeta épico, la organización y la fuerza de ánimo del genio religioso-moral le permitirán ver y unificar los hechos del mundo moral.

Esta unificación se orienta hacia tres direcciones de la voluntad constituidas por las primeras formas de reacción y los sentimientos morales: la primera es la conservación y el perfeccionamiento del individuo, esto es, el autodesarrollo culminante en el ideal moral. La segunda dirección es la exigencia del cumplimiento de la obligación contraída con otra persona por un compromiso, por la palabra dada y la tercera dirección de la voluntad se manifiesta en la buena voluntad, la entrega y el sacrificio. En *El Sistema de la ética* nuestro autor designa a esta dirección con el nombre de propiedad sentida de la voluntad (*gefühlte Eigenschaften der Volitionen*) y ahí la llama entrega de la voluntad a los motivos que se le presentan en la medida en que superan la grandeza de la vida propia.

En cada momento del proceso hasta aquí descrito hallamos lo que Dilthey llama espíritu de una época⁷. Éste configura y condiciona la cultura ética o *ethos* (*Ethos einer Zeit*) de los pueblos. Para el autor el *ethos* de una época o cultura ética es: “la cooperación de esos resortes (los éticos) en el estado preexistente de una sociedad lo designamos como cultura ética o el *ethos* de una época. Conforman el punto central viviente de una cultura.”

(Dilthey, 1973: 143).

De esto podemos sacar una consecuencia para la evolución ética: el desarrollo moral del individuo se halla en dependencia del *ethos* y del espíritu de una época. El esquema del ser viviente (*Schema eines Lebewesens*)⁸ nos deja ver a la vida en constante dependencia de su medio, por lo cual si



consideramos que en el mundo moral la casa del individuo es el *ethos* y el espíritu de una época, entonces la acción moral está condicionada por ambos factores. No obstante, es preciso destacar que la acción ética es, la mayoría de las veces, una decisión, por eso la última palabra del desarrollo está en el individuo como más adelante lo mostraré.

Cada sociedad desarrolla un mínimo de cultura ética para orientar la conducta de los individuos hacia el bien común. Esto se observa en la religión, el derecho y las normas de la moral. Además de esto, en cada momento del desarrollo del individuo y de la humanidad siempre están presentes las aptitudes éticas, pues como Dilthey lo señala, éstas son intervenciones de la voluntad manifestadas en la expresión espontánea de los sentimientos; están en la base de las costumbres, las reglas y en la adaptación interior al mundo externo. En estricto sentido, no hay ningún pueblo carente de *ethos*.

Además de esto, es necesario resaltar que el desarrollo moral, como tal, no es un estadio que se halla al final de nuestra vida, fruto de la meditación ética o de la educación de nuestros sentimientos o de la voluntad, sino se caracteriza por su pertenencia al tiempo, por su temporalidad. Está referido al presente, al despliegue de la vida. En cada situación siempre está en juego la moralidad de nuestras acciones. El querer siempre tiene como opción la realización del bien o del mal, por eso ni el filósofo de profesión puede jactarse de una moral consumada.

7 El espíritu de una época es una multiplicidad originaria que es unificada por el genio. Esta unificación de lo originariamente múltiple se lleva a cabo en la religión, la filosofía y el arte. Dilthey dice que este enlace se lleva a cabo de una manera especial en la poesía. Por un proceso histórico creador, la coordinación de elementos existentes en una época y que ya implica enlace causal y afinidad, se enlaza en una unidad que excede lo dado. Así, de una multiplicidad originaria de elementos y sus relaciones aisladas se construye, por el trabajo del genio, la unidad que nuestro autor designa como espíritu de una época.

8 Dilthey elabora el concepto esquema del ser viviente para designar al movimiento que inicia con la impresión y termina con la reacción, el cual busca alcanzar el equilibrio entre la vida y su medio.

La voluntad siempre tiende hacia el bien particular y hacia el bien común. Aunque sea en menor medida, este sentimiento siempre está latente en la acción benevolente o en la compasión, incluso hasta en el amor, entendiendo por tal el proceso en el que se elevan a conciencia los lazos de solidaridad (*Solidarität*)⁹. Por estas razones puede verse que la acción moral depende no del *ethos* sino de la vida. Si el curso de la vida constituye un desarrollo sujeto a legalidades, la acción moral es un acto de libertad, es una elección. La acción moral tiene el apoyo, en esencia, de una decisión. Es un acto del individuo que no está sujeto al esquema de la vida sino fruto de la deliberación. Aunque el punto más alto del desarrollo moral es la acción, ésta viene antecedida por un acto interior, por una decisión. Es una conjunción del entendimiento, de los sentimientos y del querer.

Cuando nos planteamos esta situación como problema de la sociedad, hemos visto su solución en la educación del individuo, en la trasmisión de principios prácticos, pero su verdadero aporte consiste en el enriquecimiento del *ethos*, por eso algunos filósofos han visto en él la base de la evolución ética. El enriquecimiento del *ethos* no se logra de manera unívoca, pensando que la transmisión del saber ético puede lograr la formación de la conciencia moral, por el contrario, es un proceso complejo donde intervienen muchos factores.

Nuestro autor ve en el *ethos* la base de la evolución ética, pero acentúa el aspecto sociológico, por eso cuando habla de ella la relaciona directamente con el desarrollo de la sociedad. Piensa que “la evolución de la vida moral se realiza exclusivamente sobre la base de la evolución sociológica.” (Dilthey, 1960: 118). Afirma esto, pues se apoya en leyes que deduce de las relaciones entre los sentimientos y los procesos volitivos. De acuerdo con la tercera ley sostiene:

En la medida en que se constituye entre la percepción y la acción el miembro intermedio, en que acoge en sí el recuerdo y el futuro, en que impide el curso directo, esta tendencia a la satisfacción adquiere el predominio sobre las emociones aisladas, aunque no tan intensa aún, de la cólera, la venganza, los afectos sensibles, etc. (Dilthey, 1960: 102)

Esta configuración o enriquecimiento del *ethos* da prioridad al aspecto tecnológico del desarrollo social, esto es, a la configuración de medios para realizar el ideal de vida, por eso dice que el progreso de la civilización es el “proceso en el que esta satisfacción se hace —por un lado— cada vez más perfecta, el uso de las fuentes constantes de sentimientos agradables cada vez más amplio, y por el otro esto insume cada vez menos gasto en el trabajo.” (Dilthey, 1973: 125). Este momento del desarrollo se complementa con el ejercicio idéntico y reiterado de la voluntad, es decir, con la costumbre; con la sujeción de la voluntad a la regla (pues ella representa un menor gasto de energía de la voluntad); con la satisfacción del ideal de vida que adquiere predominio sobre las sensaciones aisladas como la cólera y la venganza.

No obstante, la relevancia del progreso de la sociedad en este proceso es el papel que juega la vida. Un *ethos* rico en moralidad actúa directamente sobre el esquema del ser viviente desarrollando las aptitudes éticas y los procesos éticos del individuo; sin

9 Para nuestro autor la solidaridad es un estado de sentimiento y sentido que antecede a los procesos éticos.



embargo, en la relación entre la vida y el *ethos* no opera la necesidad, por eso la bondad depende en gran medida de una decisión. La temporalidad del desarrollo y su constante configuración evidencian la constante necesidad de conjugar el entendimiento, los sentimientos y la voluntad. Sin lugar a dudas, el espíritu de la época y su cultura ética actúan como una fuerza constante sobre la vida pero, más allá del condicionamiento, la acción moral está en estrecha relación con la decisión.

CONCLUSIONES

Lo hasta aquí expuesto deja ver que el desarrollo moral es un proceso complejo donde participan diversidad de factores como el progreso de la sociedad, la ética, el derecho, la religión, el arte, las formas de organización de la sociedad, etcétera. En este curso el *ethos* se configura moralmente, estimula el desarrollo de las aptitudes éticas y la aparición de procesos éticos como la benevolencia, la compasión, el amor, la simpatía, el patriotismo, la veracidad, la honestidad, entre otros.

Todos estos factores se conjugan para formar el lugar donde habitamos y se desarrolla la existencia, pero el factor más importante del desarrollo moral está en el individuo, por eso es conveniente decir que la bondad es, en gran medida, una decisión. **LC**

BIBLIOGRAFÍA

- Dilthey, Wilhelm (1945), *De Leibniz a Goethe*, México, Fondo de Cultura Económica, 349 pp.
- _____ (1978), *El mundo histórico*, México, Fondo de Cultura Económica.
- _____ (1960), *Fundamentos de un sistema de pedagogía*, Buenos Aires, Editorial Losada, 125 pp.
- _____ (1947), *Hombre y mundo en los siglos XV y XVI*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 79 pp.
- _____ (1997), *Literatura y fantasía*, México, Fondo de Cultura Económica, 275 pp.
- _____ (1945), *Poética*, Buenos Aires, Editorial Losada, 208 pp.
- _____ (1973), *Sistema de la ética*, Buenos Aires, Editorial Nova.